

E



UN BÚHO POR SAN BLAS

Pseudónimo: Almendruco Amargo

El calor que salía por la chimenea había comenzado ya, a pesar de la hora, a luchar contra el frío de la calle velando los cristales. Mi dedo, sacudiéndose una tentación infantil irresistible, dibujó sobre ellos una cara sonriente, con unos ojos redondos que me permitieron ver la imagen helada, de una escarcha que cubría los surcos barbechos del campo. Mi cuerpo, relajado y satisfecho, tiritó al comprobar que los primeros copos comenzaban a caer.

Desde allí, a través de la puerta abierta, pude verla en paz saboreando una taza de café y observando cada movimiento de mi padre, quien, con manos lentas, colocaba los troncos sobre una cesta de mimbre.

El gran patriarca atendía el fuego con el tesón con el que sólo puede hacerlo un futuro abuelo. Él lo consideraba su deber, todos lo sabíamos, así que le dejábamos hacer.

En ese momento detuve los segundos recreándome en su proceder: abrió la puertezuela de cristal, hurgó con el gancho las ascuas y relleno el fuego. Las llamas se avivaron trayendo hasta mí el olor de una madera húmeda de quejigo que se resistía en arder. Inspiré profundamente y paseé, durante unos instantes, por las laderas del valle.

Ella le miraba ensimismada, y él, lo sabía. Me quedé ante aquella imagen, inmóvil, satisfecho con lo que veía..., dando tiempo al tiempo. Disfruté al observar la ternura de su mano, ajada por el tiempo, por el campo y por la vida, posarse sobre la barriga redonda de mi esposa. Sentí aquellas palabras muy dentro de mí.

-Nacerá pronto.

Ella afirmó cerrando sus ojos.

-¿Tienes frío? –quiso saber mi padre.

Teresa cogió su mano, y acercándola a su boca, le devolvió el cariño.

-No. Me cuida usted demasiado -besó sus dedos y mi padre, lleno por dentro, sonrió. Tomó unas cosas que había al lado de la chimenea y salió de aquella sala como alma que lleva el viento.

-Es tarde -me dijo al pasar a mi lado, y sin darme tiempo a desearle los buenos días, abrió la puerta y se fue a la calle. Una ráfaga de aire muy frío detuvo mis palabras, así que le dejé marchar sin más.

-¿Esas cosas que llevaba mi padre?

- Ayúdame a levantarme -de pronto, una sonrisa pícaro inundó su cara; noté como disfrutaba de mi ignorancia.

-Eran un cartabón, una escuadra y una regla de madera de la vieja escuela. Las ha limpiado, lijado y barnizado. Y eso no es todo: ha quedado con sus amigos para prender la estufa de la clase, quiere que esté caliente cuando él venga, será a uno de los primeros sitios adonde le lleven. Ven.

Sin soltarme, me acercó hasta la mesa. Sobre ella había dos antiguos ^{tabo} cabas de madera completamente nuevos.

-Al hijo de Gerardo, el de la tienda, le ha vuelto loco buscándolos hasta que los ha encontrado en la bodega de su almacén.

Subí las presillas metálicas de uno de ellos y lo abrí despacio. Un fuerte olor a colegio de pueblo me sorprendió. Lo primero que vi, fue una antigua fotografía de los dos sentados en un pupitre de madera sobre el que, una bola del mundo y una enciclopedia Álvarez, lo decoraban. Detrás, un mapa de la

España de ayer, vestía el fondo cubriendo lo que, claramente, era una gran mancha de humedad en la pared. Sus ojos, en blanco y negro, mostraban una chipa especial; sus bocas, que centraban la escena, estaban cargadas con una sonrisa de autenticidad, y..., y en sus narices, dos bolas como las de los payasos hacían resplandecer la felicidad.

La aparté porque mi curiosidad quería seguir buceando en aquella caja de sorpresas. Debajo, en un perfecto orden, encontré una nariz roja, unos lápices nuevos, un frasquito de tinta, dos cuadernos y una pluma.

La tomé y la examiné con detenimiento, intentando descubrir el tipo de pájaro al que había pertenecido. Me pareció extraña. Mi esposa me la quitó de las manos y la puso al trasluz de la ventana. Pude ver perfectamente definidas, unas líneas negras y unos bordes de textura algodonosa propios de la especie que conocía perfectamente. Me tiró de la oreja mientras me reprochaba.

-Te estás volviendo mayor. ¿Ya no sabes identificarlas? Es de búho. Tu padre y todos sus amigos, tienen hoy ocho años. Estoy convencida que para él, esta pluma debe significar mucho.

Continuamos explorando. En la tapa de madera pudimos ver, perfilada con carboncillo, la imagen de un gran búho real. Me detuve en los trazos nerviosos del dibujo recién hecho.

-Mi padre va cumpliendo años, su pulso está empezando a traicionarle - ella afirmó con un movimiento sutil de su cabeza.

Con el cabás en las manos y las emociones a flor de piel, no pude resistir la tentación de cerrar los ojos y masticar la imagen de aquellas cosas...

En mi mente se presentó muy próxima la algarabía de mis días de escuela en el pueblo. Me senté cerca del fuego dejándome arropar por su calor, y comencé a recordar, paso a paso, mi niñez.

Noté sus dedos sobre mi pelo y un beso en la frente. Necesitaba atrapar aquel momento para mí, y ella, mi doble, lo comprendió muy bien. Salió de la habitación dejándome con mis pensamientos.

Mi padre se presentó al cabo de una hora con más troncos en sus manos y una gran sonrisa. Liberado de su carga, se acercó al espejo que hay al lado de la mesa y se detuvo examinando su cara palpándose cada una de las arrugas.

-No te preocupes porque te reconocerá -lo animé.

Como si no me hubiera escuchado, tomó la pelota roja y se la puso en la nariz.

-Por eso he comprado esto, son iguales a las que teníamos él y yo. Don Germán, el maestro, nos regaló unas parecidas un día que nos supimos los dos la lección. Nos las poníamos en el recreo y hacíamos reír a todo el mundo; hasta la señora Águeda, que nos daba la leche y que era más agria que un limón verde, soltaba una carcajada cuando nos oía hablar con ellas.

No entendía por qué no se habían remitido fotografías durante todo ese tiempo. En el cabás estaban las sesenta y cinco cartas, una por año, y ningún retrato; así que se lo pregunté. Tardó en contestarme; suspiró profundamente igual que lo hacía siempre que quería decirme algo trascendente, y se animó a confesar su secreto.

-Hicimos un pacto: no debíamos enviarnos nada que nos mostrara como íbamos cambiando con el paso de los días, queríamos guardar intacto el recuerdo de como éramos a los ocho años, la edad a la que nos separamos..., creímos que esa era la mejor manera de no crecer.

Intentó sujetar una lágrima rebelde que le estaba jugando una mala pasada, pero no lo consiguió.

Como detecté que no deseaba continuar hablando, le dejé solo colocando sus cosas. Me marché a la cocina, y allí estuve leyendo durante un gran rato hasta que mi esposa vino ^a hacerme compañía.

-Tu padre está muy ilusionado con la visita de su amigo de la infancia. Sesenta y cinco años sin verse es mucho tiempo. Me da miedo que la nieve frustre todo. La tormenta ha aumentado.

Cerré el libro, invitándola a sentarse a mi lado.

-No te preocupes. Su avión, si no ha tenido retraso, ha llegado a las doce. Desde el aeropuerto hasta el pueblo se tarda, con la carretera en buen estado, un poco más de una hora. Todavía son las dos menos veinte, no debemos inquietarnos. No obstante, debería haber ido a recogerlo, pero como insistió en su carta que no lo hiciera, no me he atrevido -acaricié su barriga-. Tú conocías todo lo que él estaba organizando, ¿verdad?

-Sí. Me pidió que no te comentara nada, quería llevarlo en secreto. Creo que en el fondo, le da vergüenza que conozcas lo que ha hecho, tiene miedo a que pienses que se está volviendo loco. Estoy convencida que para él, encontrarse de nuevo con su amigo de la infancia, supone recobrar la vida. No

le había visto así desde antes de la muerte de tu madre, y de eso hace ya mucho tiempo.

-Todo lo que haga, me parecerá bien. Por supuesto que no voy a juzgarlo, ni para bien ni para mal. ¿Sabes lo que creo?

-¡Qué!

-Que me has robado a mi padre.

Ella sonrió.

-Se siente -se levantó y miró a través de la ventana. Noté su incipiente nerviosismo-. Todo esto que ha dispuesto en casa, en la escuela y con sus amigos, está muy bien, pero nos tenía que haber dejado participar más en la organización del viaje; es muy largo para una persona tan mayor. Desconocemos, incluso, si su amigo salió o no de Montevideo. Estoy preocupada, fundamentalmente, por la alegría con la que ha preparado todo para recibirle. No me gustaría que algo rompiera esta magia con la que está viviendo la espera.

Me levanté y fui hacia ella. En el otro cristal de la ventana, rompí el velo húmedo con un círculo que me mostró a mi padre al lado de la carretera, con su boina calada, su bufanda arrollada y en su nariz... la bola roja de espuma. La nieve estaba comenzando a tapar sus hombros. Salí corriendo, y con la mayor delicadeza, le cogí del brazo.

-Papá, no te preocupes, él llegará. El taxista que le tiene que recoger es del pueblo y conoce nuestra casa. Su vuelo seguro que ha sufrido algún retraso, y además, con la que está cayendo, imagínate cómo estará la carretera, por lo que tendrá que conducir muy despacio.

Se dejó llevar hasta el salón, le quitó su abrigo empapado y ella le ofreció una taza de caldo. Le besó en la frente, tomó la carta de su amigo y comenzó a leérsela en alto. Sus ojos, secos por el frío, la nieve y la espera, destilaron unas lágrimas sin importancia.

No fui capaz de aguantar la escena, así que decidí volver a la cocina con mi libro.

Bebí un vaso de agua y antes de sentarme, repetí el gesto sobre la ventana. Esta vez el círculo me ofreció la imagen de un coche con una puerta abierta y un señor de pie a su lado. Corrí al salón y grité.

-¡Ha llegado, papá, ha llegado!

Se puso de pie, nos miró y, sin decir nada, salió de la casa con la rapidez que le permitieron sus envejecidas piernas. Teresa y yo le seguimos.

Como a un metro de distancia del coche, se detuvo. Los dos se observaron con detenimiento. La nieve aumentó su intensidad. Se puso de nuevo la nariz roja y extendió la otra bola a su amigo. Una mano temblorosa la cogió, la apretó con dulzura y la ajustó a la nariz.

-Lo he visto..., desde la ventanilla del coche lo he visto apoyado sobre la rama de uno de los árboles de la entrada. "El Duque" también ha querido estar con nosotros en San Blas –la voz temblorosa de su amigo nos pareció la de un niño que regresaba de una excursión en el tiempo.

Su abrazo duró una eternidad y mi alma... la descubrió.

Y colorín, colorado, lo que sucedió en el mes de febrero de este año 2010, se ha acabado.